

minotauro

# RAY BRADBURY

EL VERANO DEL ADIÓS  
Green Town 2



# RAY BRADBURY

EL VERANO DEL ADIÓS

minotauro

Título original:  
*Farewell Summer*

© 1975, *renewed* 2004 by Ray Bradbury  
© Traducción de Rafael Marín Trechera, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados  
ISBN: 978-84-450-0911-6  
Depósito legal: B. 5.241-2020

Fotocomposición: María García  
Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# 1

Hay días en que parece que todo esté a la espera, como con el aliento contenido.

Algunos veranos se niegan a acabar.

Así, a lo largo del camino se extienden esas flores que, al tocarlas, desprenden una lluvia de óxido de otoño. Por todos los caminos parece como si un circo destartalado hubiera pasado y dejado un reguero de viejo hierro con cada giro de sus ruedas. El óxido se extendía por todas partes, esparcido bajo los árboles y las riberas y cerca de las vías mismas donde una vez pasó una locomotora que no volvió jamás. Así, los copos florecidos y las vías férricas juntos se convertían en hojas en el borde del otoño.

—Mira, Doug —dijo el abuelo, mientras volvían a la granja desde la ciudad. Tras ellos, en la camioneta, había seis grandes calabazas recién cogidas del huerto—. ¿Ves esas flores?

—Sí, señor.

—Adiós al verano, Doug. Ese es el nombre de esas

flores. ¿Notas el aire? Agosto vuelve. Adiós al verano.

—Vaya —dijo Doug—, qué nombre tan triste.

La abuela entró en la despensa y sintió el viento que soplabla del oeste. La levadura se alzaba en el cuenco, una cabeza suntuosa, la cabeza de un alienígena que se elevaba en la levadura de otros años. Tocó la hinchazón bajo la cobertura de muselina. Era la tierra la mañana antes de la llegada de Adán. Era la mañana después del matrimonio de Eva con aquel desconocido en el lecho del jardín.

La abuela vio por la ventana cómo la luz del sol se extendía sobre el patio y llenaba los manzanos de oro, y repitió las mismas palabras:

—Adiós al verano. Aquí está, uno de octubre. Veintiocho grados de temperatura. La estación no quiere marcharse. Los perros están tendidos bajo los árboles. Las hojas no quieren caer. Al cuerpo le gustaría llorar y sin embargo ríe. Sube al ático, Doug, y saca a la tía solterona loca de la habitación secreta.

—¿Hay una tía solterona loca en el ático? —preguntó Doug.

—No, pero debería haberla.

Las nubes pasaron por encima del prado. Y cuando el sol salió, en la despensa, la abuela casi suspiró, adiós, verano.

En el porche, Doug acompañaba al abuelo, esperando absorber algo de aquella lejana visión, tras las colinas, parte de las ganas de llorar, parte de la anti-

gua alegría. El olor a tabaco de pipa y loción para el afeitado Tiger tenía que bastar. Un trompo giró en su pecho, ahora ligero, ahora oscuro, ahora moviendo su lengua con risas, ahora llenando sus ojos de agua salada.

Contempló el lago de hierba, todos los dientes de león ya marchitos, un toque de óxido en los árboles, y el aroma de Egipto soplando desde el lejano oriente.

–Creo que voy a comerme un donut y echarme una siesta –dijo Doug.

## 2

Tendido en la cama, en su propia casa, con un bigote de polvo de azúcar en el labio superior, Doug contempló el sueño, que acechaba en su cabeza y lo cubría suavemente de oscuridad.

Muy lejos, una banda tocaba una tonada extraña y lenta, llena de metales sordos y tambores apagados.

Doug escuchó.

Era como si la lejana banda hubiera salido de una caverna a la plena luz del día. En algún lugar un puñado de cuervos irritados echó a volar para convertirse en flautines.

—¡Un desfile! —susurró Doug, y saltó de la cama, desprendiéndose del sueño y del azúcar.

La música se hizo más fuerte, más lenta, más grave, como una inmensa nube de tormenta llena de relámpagos, oscureciendo los tejados.

En la ventana, Douglas parpadeó.

Pues allí, en el prado, alzando un trombón, estaba Charlie Woodman, su mejor amigo del colegio, y Will Arno, el amigo de Charlie, alzando una trom-

peta, y el señor Wyneski, el barbero del pueblo, con una tuba como una boa constrictor, y... ¡espera!

Doug se volvió y salió corriendo de la casa.

Salió al porche.

Entre la banda se encontraba el abuelo con una trompa, la abuela con una pandereta, su hermano Tom con un mirlitón.

Todos gritaban, todos reían.

–¡Eh! –exclamó Doug–. ¿Qué día es hoy?

–¡Pues tu día, Doug! –gritó la abuela.

–Esta noche, fuegos artificiales. ¡El barco de la excursión espera!

–¿Para un pícnic?

–Más bien para un viaje. –El señor Wyneski se encasquetó su sombrero de paja de maíz–. ¡Escucha!

El sonido de un barco lejano llegó desde la orilla del lago.

–¡En marcha!

La abuela agitó su pandereta, Tom sopló su mirlitón, y la alegre muchedumbre arrastró a Doug por la calle con un atajo de perros ladrándoles a los talones. En el centro, alguien lanzó una guía telefónica hecha pedazos desde lo alto del Green Town Hotel. Cuando el confeti golpeó los adoquines el desfile ya había pasado.

En la orilla del lago la bruma flotaba sobre el agua.

A lo lejos, Doug pudo oír el lastimero gemido de una sirena.

Y un barco blanco puro surgió de la bruma y abrazó el muelle.



Doug vaciló.

—¿Cómo es que ese barco no tiene nombre?

La sirena del barco tronó. La multitud rodeó a Douglas, empujándolo hacia la escalerilla.

—¡Tú primero, Doug!

La banda lanzó una tonelada de metal y diez libras de repiques con *Es un muchacho excelente*, mientras lo empujaban a la cubierta y luego saltaban de vuelta al muelle.

¡Zas!

La escalerilla cayó.

La gente no quedó atrapada en tierra, no.

Él quedó atrapado en el agua.

El barco de vapor se apartó del muelle. La banda tocó *Columbia, joya del océano*.

—Adiós, Douglas —exclamaron los bibliotecarios del pueblo.

—Hasta siempre —susurraron todos.

Douglas contempló el pícnic colocado en cestas de mimbre en la cubierta y recordó un museo donde había visto una vez una tumba egipcia con juguetes y puñados de fruta seca colocada alrededor de una barquita tallada. Llameaba como un destello de pólvora.

—Hasta siempre, Doug, hasta siempre...

Las damas alzaban sus pañuelos, los hombres agitaban sus sombreros de paja.

Y pronto el barco se internó en las frías aguas con la niebla envolviéndolo, hasta que la banda desapareció.

—Valiente viaje, muchacho.

Y entonces supo que si buscaba no encontraría a

ningún capitán, a ninguna tripulación, mientras los motores del barco bombeaban bajo las cubiertas.

Aturdido, sintió que si palpaba para tocar la proa encontraría el nombre del barco, recién pintado:

#### EL VERANO DEL ADIÓS

–Doug... –llamaban las voces–. Oh, adiós... Oh, hasta siempre...

Y entonces la cubierta quedó vacía, el desfile desapareció mientras el barco tocaba la sirena por última vez, y le rompió el corazón de modo que le cayó por los ojos convertido en lágrimas mientras pronunciaba los nombres de todos los seres queridos de la costa.

–¡Abuela, abuelo, Tom, ayuda!

Doug se cayó de la cama, acalorado, helado, y llorando.